

la aliada sino Inglaterra (1)? En el curso de los años siguientes, este lenguaje no varió mucho. Por su parte el Sr. de Bernstorff, embajador de Prusia en Londres, escribía á principios de 1868: «Estamos en los mejores términos con el Sr. Disraeli (2).» Quejábese, empero, de que los hombres de Estado británicos fuesen con demasiada frecuencia á Francia y raras veces á Alemania; se enteraban de la historia tal como se escribía en París, y en esto había toda una educación que cambiar. A consolidar aquella buena voluntad se consagró el gobierno prusiano. Inglaterra deseaba el mantenimiento de la paz: hallándose lord Clarendon de paso en Berlín, el rey le prodigó las mejores seguridades y se mostró tan persuasivo, que el diplomático británico, muy amigo de Napoleón, se apresuró á repetir en París lo que acababa de oír en la capital prusiana (3). Inglaterra se interesaba por el rey de Hanover. Guillermo se aprovechó de una visita del príncipe de Gales para manifestar lo mucho que sentía la anexión; se había visto obligado á ella, positivamente obligado: comprendía, hacía justicia á la fidelidad de los hanoverianos, pero no dudaba de que después de un amplio tributo pagado al pasado comprenderían las ventajas de la unión á la gran patria. La Gran Bretaña, aunque resuelta á no afligirse mucho por los cambios europeos, deseaba transformaciones que no fuesen demasiado bruscas y, hasta en la obra de la fuerza, cierta progresión regular que le quitase su aspecto de violencia. Nadie sabía revestirse tanto de moderación como el rey Guillermo. Un día, en diciembre de 1868, recibiendo al embajador de Inglaterra, se espontaneó con él con aire de extraordinario abandono. Hablando de la unidad germánica, de la fusión del Norte con el Mediodía, dijo: «Este resultado es fatal.» Y añadió en seguida, como para atenuar su confesión: «Será obra del tiempo: no tenemos impaciencia.» Aludiendo á la prontitud de Baden en darse á Prusia, el monarca dijo: «Esa prontitud nos causa más apuros que alegría.» Después de haberse expresado de este modo, el soberano se interrumpió diciendo: «Yo no veré la realización de todo eso.» Y como si hubiese calculado el tiempo que había de durar la evolución, añadió: «Mi hijo tampoco verá la conclusión de esas cosas.» El príncipe pareció reflexionar de nuevo y calcular los años. Por último, como para apartar muy lejos las cuestiones alarmantes, acabó diciendo: «Esa será sin duda la obra de mi nieto.» Después de lo cual, el rey cambió de conversación, y el embajador pudo enviar á Londres informes muy tranquilizadores. Sin duda, Prusia no renunciaba á reconstituir la Alemania á su imagen. Pero Europa podía descansar tranquila: ¿no le daban el tiempo de dos generaciones para resolver?

Atento á contener ó aliar á las potencias, Bismarck dirigía igualmente sus miradas hacia la Alemania del Sur. Dividido en dos por la barrera del Mein, demasiado débil para mantener al Sur del río su autonomía, el Hesse-Darmstadt se había resignado, aunque á disgusto, á convenios especiales que entregaban sus fuerzas militares á Prusia. Baden, inclinado hacia Berlín por

(1) Lord Loftus, *Diplomatic reminiscences*, segunda serie, tomo I, págs. 99-100.

(2) Carta del Sr. de Bernstorff al Sr. de Bismarck, 6 de marzo de 1868 (*Bismarck-Jahrbuch*, tomo VI, pág. 189).

(3) *Papiers sauvés des Tuileries*, pág. 14.

una estrecha alianza de familia (4), se entregó con sumisión. Baviera y el Wurtemberg eran los únicos que defendían con un poco más de eficacia, y también con un poco más de esperanza, los restos de su independencia.

La condición de Baviera era extraña. Demasiado grande para la entera sumisión, no lo era bastante para la completa libertad. Durante largos años había soporado el patronato de Austria. Pero esta soberanía era muy benigna comparada con el vasallaje que le preparaban los nuevos señores. A decir verdad, todo la alejaba de Prusia. En Berlín se era amante del trabajo, del progreso, de la ciencia; en Munich la gran felicidad consistía en gozar de la vida. Todo lo que en las márgenes del Sprée era rudeza, austeridad, ardiente ambición, se transformaba á orillas del Isar en buen natural y en indolencia. Prusia traería los gravosos impuestos y el pesado servicio militar. La diferencia de religiones completaría el contraste: aquí el sombrío pietismo del culto reformado; allí todo el brillo de las pompas y de los ritos romanos. De todas las divergencias, ésta era la principal, y las doctrinas *particularistas* reclutaban entre los católicos sus mejores y más fieles secuaces.

Los wurtemburgueses tampoco se sentían dispuestos á perder su nacionalidad. Estaban orgullosos de su capital, orgullosos de su desenvolvimiento intelectual, orgullosos de su país, que consideraban con razón como una de las más bellas comarcas de Europa. Hubieran deseado una gran Alemania, pero rechazaban la idea de una gran Prusia. En la corte y en las esferas oficiales las influencias rusas habían seguido siendo muy poderosas; y el emperador Alejandro, aunque favorable al rey Guillermo, se declaraba protector de los Estados del Sur. En las clases populares era donde mejor se afirmaba el espíritu de resistencia. El *particularismo*, personificado en Baviera por los *católicos*, lo estaba en Wurtemberg por los *demócratas*. Estos repudiaban las durezas del servicio militar y las sujeciones de un gran Estado centralizado. Si á sus príncipes se les antojaba marchar por ese camino, antes que seguirles, les abandonarían; dentro de este espíritu acariciaban toda clase de proyectos, y principalmente el de una república federal que convirtiese su bella Suabia en una Suiza alemana.

Tales disposiciones aconsejaban á Bismarck la mayor prudencia. Desde 1868 hasta 1870 se le vió avanzar gradualmente, ocultando con cuidado sus designios, sin prescindir de ningún auxiliar. Tenía en Baviera un cómplice, y este cómplice era el rey, alma entusiasta, romántica, entregada á la contemplación de la Edad media, y que, confundiendo la poesía del pasado con las concepciones muy materiales de la monarquía prusiana, veía en el nuevo imperio la realización de sus ensueños. El primer ministro encontró otros aliados. Tales fueron los burgueses de opinión progresista, desdenosos de su pequeña patria, envidiosos de la corte que les estaba cerrada, seducidos por la sabia regularidad de la administración prusiana, muy persuadidos de que la unidad favorecería las transacciones comerciales y facilitaría los grandes negocios. Tales eran también ciertos políticos que, temiendo las ingerencias

(4) El gran duque se había casado en 1856 con la princesa Luisa, hija del rey Guillermo.

francesas y las inmixciones austriacas, estaban prontos á poner su seguridad al abrigo de un amo por duro que éste fuese. Bismarck se aplicó á fomentar estos concursos. Interesó á los militares con el prestigio de las victorias prusianas, á los hombres de Estado con la perspectiva de su papel en la patria grande, á las clases instruídas con la evocación de la Prusia sabia, propicia al estudio, sabiéndolo recompensar. La propaganda más activa fué la que Bismarck ejerció por medio de

Mientras tanto, se negaban á tomar por modelo el ejército prusiano y conservaban sus reglamentos, su administración, sus uniformes y su armamento. En Stuttgart y en Munich, uno de los medios seguros de éxito era interpretar en el sentido más restrictivo los tratados de alianza y, sobre todo, reclamar economías en materia militar. A fines de 1869 hubo elecciones en Baviera y aseguraron una mayoría al partido autonomista.

Poco tiempo después, es decir, á primeros de marzo



Disraeli, lord Beaconsfield

la prensa. Teníala en gran parte á su entera devoción. En Stuttgart satirizaba las pretensiones bávaras; se ingeniaba en asustar al rey, á los ministros, á los hombres de gobierno y á los conservadores, abultando el lenguaje de los *demócratas*. En Munich englobaba el partido autonomista bajo el nombre genérico de *ultramontano*, procurando darle así el aspecto de camarilla. Uno de los argumentos más habitualmente empleados era el de deplorar la condición precaria de los Estados centrales, aislados de la Confederación del Norte. ¿Se apoyarían en Austria que en Nikolsburgo había abandonado á sus aliados, ó en Francia que había considerado el Palatinado como objeto de compensación?

Las razones eran capciosas. De pronto no produjeron gran efecto. Las elecciones para el Parlamento aduanero habían sido una protesta muy clara contra la absorción. Los bávaros renunciaban difícilmente á la idea de una Confederación del Sur en que dominarían.

de 1870, el jefe del gabinete bávaro, el príncipe de Hohenlohe, sospechoso de trabajar en favor de la absorción, fué obligado á dimitir, siendo reemplazado por el conde de Bray, representante de Baviera en Austria. Este, en su declaración á las Cámaras, procuró tranquilizar á los particularistas. «Queremos ser alemanes, dijo, pero sin dejar de ser bávaros. No existen tratados secretos, ni compromisos secretos, ni política secreta... Los tratados de 1866 no tienen ninguna significación ofensiva y no tienen más que un fin puramente defensivo.» En esto, los wurtemburgueses tuvieron también su crisis, que estalló á propósito de las cuestiones militares y de las reducciones del efectivo. Conservaron el presidente del Consejo, Sr. de Varnbühler, personaje de política muy refinada y maestro en el arte de los arreglos; pero el ministro de la Guerra, á quien se consideraba demasiado sumiso á Prusia, fué obligado á retirarse, lo mismo que el ministro del Interior.

Bismarck era demasiado listo para hacer caso omiso de estos síntomas, y demasiado resuelto para alarmarse de ellos. Este estado de ánimo, que le invitaba á no atropellar nada, no encadenaba sus ambiciones. Como consiguiese excitar el patriotismo germánico, como pudiese darse por provocado, arrastraría, de grado ó por fuerza, en su seguimiento á los Estados del Sur, descontentos, angustiados, pero sumisos. Pero los bávaros y los wurtembergueses, cautelosos como suelen ser los débiles, habían de calcular por una y otra parte las probabilidades de triunfo, las de Francia y las de Prusia, y poner el derecho del lado en que á su juicio estuviere la fuerza.

La gran preocupación consistía, pues, en ser el más fuerte. Si se era el más fuerte, ¿qué importaba Europa? ¿Qué importaban las protestas del *particularismo*? Las supremas solicitudes se concentraban sobre el ejército.

El trabajo era antiguo. El servicio militar, obligatorio al menos en principio, había asegurado el número. Las luchas de 1813 y 1814 habían creado una leyenda llena de heroísmo, de cólera y de patriótica pasión. Desde principios del reinado de Guillermo, una amplia reforma había aumentado los cuadros, restablecido en todo su vigor el servicio personal y desarrollado los recursos del ejército activo, haciéndolo independiente de la *Landwehr*. Tres años después, Dinamarca había proporcionado con la mayor oportunidad un campo de experiencia. La campaña de 1866, al afirmar la confianza, había revelado las deficiencias: de ahí un aumento considerable de aplicación para perfeccionar un instrumento ya tan temible. Todo ejército vive de honor y de saber, pues el honor engendra la bravura y el saber hace que la misma bravura sea eficaz. El ejército prusiano tenía un jefe místico que simbolizaba á sus ojos el honor, y un jefe positivo que personificaba la ciencia.

El jefe místico, muy positivo también cuando convenía, era el rey. Había aprendido la política muy tarde, pero la profesión de las armas la había aprendido desde la infancia. Hablando de su juventud decía: «Me ejercitaba en mandar una división de infantería, sin ocuparme de los negocios del Estado (1).» Si eran súbditos suyos todos los prusianos, los que ceñían espada le pertenecían en propiedad, y en aquella servidumbre mezclada de grandeza había algo del antiguo compañerismo germánico. Guillermo conocía personalmente cada regimiento, y personalmente también á los coroneles que los mandaban. «Estoy muy orgulloso de mi cuerpo de oficiales, decía á Stoffel; se compone de lo más selecto de la nación, y me parece natural que se imponga á las demás clases (2).» Durante las maniobras, á veces partía de improviso, acompañado de uno ó dos oficiales, y sorprendía á los soldados en sus acantonamientos. Al principio de la primavera iba á Potsdam, á Spandau, á Magdeburgo, para hacerse cargo de la instrucción de los reclutas. En agosto de 1868, regresando de Ems, detúvose en Francfort, en Erfurt y en Weimar para pasar revistas. Al volver á Berlín observóse que estaba particularmente dispuesto y de buen humor. «Es que en veintidós días he inspeccionado

(1) Sybel, *Die Begründung des Deutschen Reiches*, tomo II, página 283.

(2) Coronel Stoffel, *Rapports militaires*, pág. 267.

ochenta y siete batallones.» dijo él. Así hablaba aquel monarca de setenta y un años. Sus deberes militares le parecían tener cierto carácter sagrado. Así como un pontífice religioso es el jefe visible de su iglesia, así él se consideraba jefe visible del ejército. Este encontraba en él su expresión suprema. Su constitución, á los ojos del viejo monarca, era intangible como un dogma. Guillermo se asociaba á sus gozes y tomaba parte en sus duelos; le gustaba asistir á las fiestas de los regimientos, á la imposición de condecoraciones, á las ceremonias conmemorativas de altos hechos ó de victorias, y ostentaba en ellas un rostro benévolo y tranquilo, como soberano bastante seguro del respeto y de la obediencia para atemperar su mando con la familiaridad. Todo estaba calculado para mantener en las almas, desde el general hasta el soldado, un patriotismo siempre alerta, susceptible y fácilmente provocador. Aplicábase, sobre todo, una atenta solicitud á confundir en una misma concepción la idea del deber militar y la idea del deber para con Dios. Durante los oficios divinos, el pastor evangélico invocaba desde luego sobre el rey y sobre el ejército la bendición del cielo. Al amanecer, cuando las tropas se ponían en marcha, los acentos de las músicas militares se elevaban, graves como una plegaria, en el aire sonoro de la mañana. En el lenguaje público ó privado se notaba un perpetuo llamamiento al Altísimo; y el Dios á quien se invocaba era un Dios conquistador y guerrero, apropiado á las ambiciones prusianas, y cuya imagen hubiese repudiado el Jesús del Evangelio. Pero esta imagen, aunque falseada por el cálculo ó alterada por la pasión, bastaba para exaltar las almas de los soldados y mantenerlas en el cumplimiento del deber.

El otro jefe, el que personificaba la ciencia, era Moltke. Le hemos visto en visperas de la batalla de Sadowa. La victoria no disminuyó su vigilancia ni hinchó su orgullo. Siguió siendo el mismo, taciturno y solitario, más ávido de ser que de parecer, asiduo al trabajo é imponiendo el trabajo en torno suyo, paciente y apasionado á la vez, pero de una pasión que sólo se manifestaba con intensos y cortos ardores. Desde 1866 dirigió exclusivamente hacia Francia una solicitud que hasta entonces había sido repartida entre Bohemia y los márgenes del Rin. Hacía ya mucho tiempo que se había hecho cargo de las fuerzas y de las debilidades de Francia. Las campañas de Crimea y de Italia le permitieron observar las deficiencias del mando, las lentitudes de la movilización, la incertidumbre de las informaciones y más que nada una tendencia casi universal á contentarse con *poco más ó menos*. ¿Que deseaban la guerra? Friamente, con una entera abstracción de los riesgos ó de las pérdidas, se concentraba en su arte; ejerciéndolo bien, lo ejercía con gusto, y juzgaba que los ejércitos son como las locomotoras, que necesitan moverse so pena de convertirse en hierro viejo. En visperas de un conflicto de que no le cabía duda, clasificaba en su memoria el tesoro de conocimientos almacenados en su larga vida, como hace un estudiante en visperas de un examen que ha de decidir de su fortuna. Y ¿qué era Moltke, sino un estudiante prodigioso que no ha pasado un día sin aprender algo y no ha olvidado nada? Para sostener las luchas futuras habría necesidad de muchos hombres, de muchos fusiles, de muchos caballos

y sobre todo de muchos cañones. Roon, el ministro de la Guerra, lo preparó todo, y no sólo para Prusia, sino para la confederación del Norte, proporcionando además el modelo que imitaron de buena ó mala gana los alemanes del Sur. Moltke era la inteligencia superior que animaba todas aquellas fuerzas. Tenía sus oficiales que exploraban nuestras fronteras, y para mayor seguridad, las exploraba él mismo. Tenía sus mapas constantemente llevados al día, que le descubrían, como en un libro abierto, el territorio enemigo. Tenía también sus espías, pues este hombre, tan conocedor de su juego, quería saber igualmente el juego de los demás. Su estado mayor estaba formado á su imagen: nada de borrar papel inútilmente, nada de esas preocupaciones de exterioridad que entorpecen la inteligencia dándole la ilusión del trabajo, sino un continuo cuidado, una extraordinaria mezcla de iniciativa y de disciplina, un perpetuo ensayo del gran drama de la guerra. Lo que otros esperan del acaso ó de la inspiración, Moltke lo buscaba en una preparación paciente, silenciosa y trágica, que calculaba las horas, medía las distancias, contaba y reunía á los hombres. Estimaba que «una sola falta en la concentración de los ejércitos es irreparable en el curso de una campaña.» En cambio juzgaba que «cuando las disposiciones han sido bien tomadas, conducen infaliblemente al fin propuesto.» Durante el invierno de 1868 á 1869 redactóse, en forma de memoria, el plan de la guerra eventual. Todo en él estaba previsto, la fuerza y la composición de los cuerpos, la elección de los caminos, la duración de las operaciones, los proyectos probables del enemigo; y todo revelaba la prudencia extrema que no deja nada al azar. Pero los verdaderos pensadores son audaces, y la ejecución es en ellos tan pronta como larga ha sido la reflexión. He aquí donde se descubre de pronto la audacia extrema. «El objetivo, decía Moltke, consistirá en ir en busca del principal ejército enemigo y atacarle en donde se le encuentre.»

Sin embargo, no conviene exagerar, en esas combinaciones, la parte de las luces superiores y de los dones divinos. Cuando se trata de averiguar donde residía la superioridad de Prusia en visperas del conflicto, se la descubre menos en las facultades excepcionales de los jefes que en una apropiación, á la vez ingeniosa y terrible, de todas las ciencias de la guerra. En las luchas industriales sucede á veces que hombres desconocidos ó desdeñados suben de pronto al primer puesto. No siempre son los más inteligentes; pero han tenido la rara oportunidad de sorprender en un momento dado y de utilizar para sus necesidades los inventos que sus rivales ignoran ó no utilizan todavía: de aquí beneficios y éxitos que no hubieran sido posibles la víspera, que no lo serían tampoco al día siguiente, pero que, á su hora, parecen el fruto de una habilidad maravillosa ó de una maravillosa suerte. Tal fué, en el siglo décimonono, el destino de Prusia. Como un jefe de fábrica que renueva á tiempo su material industrial según los últimos perfeccionamientos de la ciencia, Prusia había transformado, en el momento más oportuno, sus elementos militares, es decir, sus armas, su material, sus reglamentos, sus programas, sus métodos. Contra estos elementos nuevos, bien apropiados á las guerras modernas, habían de estrellarse los elementos viejos, anti-

cuados é impotentes, aunque dirigidos por inteligencias no vulgares y manejados por manos valerosas. Aquel año de 1870 era precisamente el año en que Prusia poseía en su plenitud todo lo que Europa no poseía aún, todo lo que Francia, absorbida en la leyenda de sus glorias antiguas, sólo empezaba á sospechar. En esto residía para Moltke la gran ventaja, y aquella prodigiosa



Varnbühler

ciencia de adaptación, fruto de su perspicacia y de su paciencia, había de constituir la mejor parte de su genio.

VI

En los achaques que afligen nuestra naturaleza humana, sucede á menudo que los días más tranquilos son los que preceden á las crisis. En la época que narramos vióse algo parecido. El año de 1868 había transcurrido lleno de alarmas. El de 1869 había marcado cierta vuelta á la calma. A principios de 1870 las amenazas de guerra parecieron un momento tan debilitadas que los menos optimistas osaron tranquilizarse.

Poco después de la formación del gabinete Ollivier, uno de los agregados de la embajada francesa escribía de San Petersburgo: «Hemos vuelto á los tiempos de Luis Felipe y nos hallamos atados de manos y de pies.» Esto, que pretendía ser un epigrama, era un elogio. El ministerio del 2 de enero, que había de concluir en una extrema temeridad, empezó con una extrema prudencia.

En los papeles de Daru se encuentra el programa que se trazó á sí mismo al subir al poder. La nota empieza con estas palabras: «Quiero la paz. Francia la desea. Se han operado en Europa grandes cambios de veinte años á esta parte. No los hemos hecho nosotros. Pero nuestra política consiste en mantener el *statu quo*. Para esto evitemos el agitar á Europa; *no suscitemos cuestiones* y, cuando se presenten, ahoguémoslas al nacer.» Examinando la condición de las diversas potencias, el nuevo ministro añadía: «Nuestra vieja política